

LA LIBERTAD DE EXPRESIÓN

La irreverencia se nutre del escándalo y cuanto mayor es el viento de éste, mayor es la llama que hace crecer aquella. La debilidad de la democracia, que es asimismo su grandeza, es la tolerancia de los intolerantes. Claro está, mientras éstos no traspasen la ley. Pero ¿debe ponerse límites a la libertad de expresión debajo de la cual se ampara cualquier ofensa? ¿No es precisamente la censura una de las características esenciales de cualquier dictadura? Y, por último, ¿no suscitaría la justicia penal ridículos mártires de la libertad oprimida? Una sociedad de hombres tolerantes y respetuosos con las creencias ajenas – todas - no requiere el valladar de las prohibiciones. Sin embargo, estamos lejos de una sociedad exenta de – valga aquí también la libertad de expresión – despreciables piojos y parásitos cuya vida no consiste nada más que en adherirse a otros organismos superiores. Viven contra en lugar de sí mismos. Quienes ofenden, y además lo hacen gratuitamente, desean en torno suyo un coro de voces indignadas que se levante contra los herejes de la posmodernidad: ellos, los adalides del librepensamiento. Ahora bien, si no hay público en torno se sienten tan necios como un bufón sin espectadores. Ni siquiera pueden reírse de sí mismos. No es cosa de ética sino de estética. Son patéticos, dignos de lástima, trasgresores sin nada que trasgredir. A falta de leyes, buena es la reprobación, cuando no la indiferencia, de la sociedad. La sapiencia popular, que es sabia porque es el depósito de muchos siglos, lo expresa bien a las claras: “el mejor desprecio es no hacer aprecio”. Quitad las mordazas, acabarán callando avergonzados de sus rebuznos.

Esto no quiere decir que algunas veces el escándalo sea sólo “escáaaaandaloso” porque el aguijón de la beatería clava su alfiler picudo entre los mojigatos. Si algunos hombres vulgares y de mal gusto son muy capaces de hundir la espada en lo más íntimo del corazón, otras personas susceptibles en exceso sienten un rasguño mínimo como una herida profunda en sus carnes. Y ese dolor hace de

altavoz. El cristianismo, que tal vez sea la más difícil de todas las religiones para cumplir, tiene también la mejor de todas las soluciones para acabar con la irreverencia. Miles de hombres en todo el mundo rezan cada día el credo de su fe pidiendo perdón por sus ofensas y perdonando “a quienes nos ofenden”. ¿Qué mayor desarme moral puede vencer la irreverencia inmoral si ésta haya puesta la otra mejilla?

Pablo Galindo Arlés
18 de septiembre de 2018